

temidas de las muchas que existían entonces. En ella murió la madre á los doce años: sus tres hijas le sobrevivieron poco, á consecuencia de la estenuación, procedente de las privaciones mortales á que se las había sujetado.

Fácil es comprender que no podemos mencionar aquí á todos los presos de esa época de persecución. Tal nomenclatura llenaría tomos enteros, y nada agregaría al cuadro que hemos trazado. El génio de los atormentadores es, gracias á Dios, de pocos alcances: por tortuoso que sea el camino que adopten, poco tardan en llegar á su término, la muerte!

Con todo, como no solo nosotros hemos registrado esos archivos fúnebres, no creemos poder pasar en silencio el siguiente episodio, contado por uno de los que han practicado iguales pesquisas, con la advertencia de que nosotros no hemos encontrado en nuestras laboriosas exploraciones, mas que los nombres de los protagonistas.

Desde los primeros días de la persecución se había refugiado en Inglaterra Cardel, ministro protestante de Ruan. La nobleza de su corazón lo hizo avergonzarse á poco de haber abandonado á sus hermanos, y no tardó en regresar á Francia para sostenerlos y consolarlos.

Como todos los esfuerzos de la policía se encaminaban entonces á seguir la pista á los sectarios de la religión reformada, no solamente se supo que Cardel estaba en París, sino que hacia frecuentes visitas á un tal Blisson, cuya hermana Angélica, después de abjurar el protestantismo para salvar su vida amenazada, había vuelto al seno de la Iglesia abandonada temporalmente.

Era novio de Angélica un joven médico protestante, llamado Bernier. Cardel había prometido casarlos, y como el enlace no podía verificarse sino secretamente y en las tinieblas, se había escogido una noche para su celebración.

Esa noche tan deseada llega al fin. Cardel, obligado á ocultarse á los ojos de todos, sale de su escondite á media noche para la casa de Blisson, en la que apenas ha puesto el pié, cuando la invade una banda de agentes de policía. Blisson y Bernier intentan defenderse: Cardel suplica á los asaltantes que se retiren. Aquello es hablar en vano, predicar en la inmensidad del desierto. Todos son aprehendidos y llevados á la Bastilla, pero no encerrados bajo los mismos cerrojos, pues sobaban motivos para no hacerlo así.

Preciso es convenir en que los protestantes no eran entonces menos fanáticos que los católicos. La diferencia consistía únicamente en que mientras los primeros morían por el sermón, los segundos estaban prontos á morir por la misa.

Se había encerrado á Angélica Blisson en un cuarto del segundo piso de la torre del Pozo, y á Bernier en la *cachucha* de la misma. Ellos ignoraban su proximidad; pero la joven, para suavizar el fastidio de su cautiverio, se puso una noche á cantar salmos; Bernier conoció la voz grata á sus oídos, cuyo acento escuchaba, y su respuesta no se hizo esperar.

El día en que se oyeron así, fué un día de felicidad; pero esta siempre deja algo que desear en semejantes casos.

Bernier, que sin embargo de estar en la cachucha, había encontrado un custodio poco severo, consiguió con facilidad plumas, tinta y papel. El joven médico, el enamorado novio, se puso á escribir: en seguida ató su carta al extremo de una larga hebra, que había fabricado á espensas de sus vestidos, y pasándola por entre las rejas, la descolgó. Angélica había adivinado el mensaje, lo esperaba, y logró cogerlo; y por falta de tinta y plumas, escribió su respuesta con la punta de un alfiler en los márgenes de un libro de misa que le habían dado para facilitar su conversión. Ató su epístola al hilo, que subió sin accidente.



Los desgraciados, que no podían verse, habían encontrado un consuelo en su infortunio, y eran tan felices como se los permitía su deplorable posición, cuando un día estando paseándose el gobernador por el jardín de la fortaleza, observó la correspondencia volátil y la decomisó.

El crimen era grande, pues prescindiendo de la desobediencia á los reglamentos, que prohibían toda comunicación entre los presos, se habían escrito cartas amorosas en las márgenes de un libro de misa, por mano de una protestante, y tal atentado exigía los mas terribles castigos. Bernier, el joven médico, fué



encerrado en un calabozo y trasladado luego à la cárcel de Guisa. La propia suerte estaba reservada à la jóven; pero el mayor, que se habia prendado de su belleza, se contentó con meterla al cuarto de que se habia sacado à su novio.

No hay palabras con que espresar el dolor de Angélica, cuando supo que Bernier no estaba ya en la torre. A dónde lo habian llevado? Qué le habia sucedido? Sin fruto rogó al mayor que se lo dijera.

—Por favor,—esclamaba la desventurada poniéndose de hinojos y alzando hácia su despiadado carcelero sus hermosos ojos arasados en lágrimas,—decidme si está aquí todavía. Juro no volver à tratar de escribirle; pero si sé que se encuentra dentro de las mismas paredes que yo, padeceré ménos.

Aquellas lágrimas, que aumentaban el atractivo de la jóven, no produjeron otro efecto que el de avivar la brutal pasion del mayor.

—Consolaos, hija mia,—le contestó levantándola:—à Dios gracias hay mas de un buen mozo en el mundo.

Quiso darle un abrazo: Angélica, asustada, profirió un grito penetrante, y desprendiéndose de manos del miserable, se alejó de él cuanto se lo permitia la estrechez del sitio.

—Has de saber, pichoncita,—agregó el mayor,—que quien escribe à un hombre los primores que he leído, hace mal en enojarse por tan poco.

—No os acerqueis, ó me estrello la cabeza contra la pared.

—Esos remilgos, vida mia, no nos cojen de nuevo, y estamos acostumbrados à domesticar niñas mas ariscas que vos. Mas vale hacer las paces: os protesto que no os pesará, y que ni las señoras de mas categoría serán aquí mejor tratadas que vos.

—Salid, en nombre de Dios.

—Hija mia, no es cordura encapricharse. Qué diablo! tambien yo soy jóven, y de mas mèrito que ese perdulario con quien hubiérais querido pelar la pava.

Y volvió à acercarse à Angélica, que prorumpió en nuevos gritos.

—Bien: consultadlo con la almohada; os doy de término hasta mañana. Pensad en que habeis de ser mia, de grado ó por fuerza, pues lo he resuelto así. Nada me importará que sea de una ó de otra manera; pero à vos sí debe importaros, porque puedo haceros la muger mas feliz de cuantas han entrado en la Bastilla, daros un bonito aposento con vista à Paris, permitiros pasearos en el jardín del gobernador, y serviros de comer como à una princesa. Todo eso puedo, y lo haré si quereis amarme y probármelo. Pero tambien puedo encerraros en un calabozo, poner os à pan y agua, y hasta mandar os aplicar el tormento ordinario y el extraordinario, que nada tiene de apetecible, os lo aseguro. Tal será mi conducta, si no os mostrais ménos feroz.

Dichas estas palabras, salió dejando à la jóven casi loca de desesperacion.

Miéntas esto pasaba, entraba un llavero al cuarto de uno de los presos del primer piso de la misma torre. El preso era Blisson, à quien se habia metido allí nada mas que la vispera, y que no sabia que estaba tan cerca de su herma-

na. Acababa de oir los gritos de Angélica, y aunque no habia conocido la voz, le habian causado una viva emocion.

—¿Qué sucede?—preguntó al carcelero que le llevaba su cena:—esos gritos de muger me han llegado al corazon.

—No es nada,—contestó el llavero riéndose.—El mayor está haciendo la corte à una palomita de allá arriba.

—Pero esos gritos eran de dolor, de desesperacion. ¿Empleaba acaso ese hombre la violencia?

—Diantre! el mayor no gasta buen génio, y lo que no le quieren dar lo toma por fuerza.

—Malvado!—esclamó Blisson, que pensó entónces en su hermana, de quien no habia tenido noticia desde que los separaron.

Y como en aquel instante abria el carcelero la puerta para salir, se precipitó Blisson sobre él, lo tiró y corrió à la escalera. Apénas habia subido unos cuantos escalones, cuando se encontró con el mayor que bajaba, y que trató de detenerlo; mas en el estado de ecsaltacion en que se encontraba, ni una pared hubiera detenido à Blisson, quien cogió al mayor de las piernas, y lo echó à rodar sobre el llavero. Derribado tambien éste con el golpe, no pudo contener aquel proyectil de nueva especie, y ambos cayeron hasta el descanso. Blisson entre tanto tocaba à la puerta del cuarto de que habian salido los gritos.

—Hermana!—gritó con todas sus fuerzas,—soy yo, Blisson, tu hermano. Respóndeme por vida tuya.

Calló y escuchó; pero el mas profundo silencio reinaba en la pieza. Seguia tocando y gritando, cuando el mayor y el carcelero, que se habian levantado, se le acercaron y quisieron cojerlo. Blisson, con brazo nervioso, clavó al mayor contra la pared, y al voltearse para agarrar al llavero con la otra mano, le pegó este en la cabeza un golpe tan furioso con sus pesadas llaves, que el infeliz cayó de rodillas. Levantóse sin embargo, y se defendió todavia algunos instantes, hasta que debilitado con la sangre que perdía, y que le caía en chorros por la cara, fué à caer sobre los fierros de la ventana del descanso, donde sus dos contendientes, dueños de su persona, lo amarraron fuertemente.

—Demonio!—dijo el mayor,—quiero aprovecharme de la ocasion para que se vea cómo se trata aquí à los recalcitantes. La leccion le servirá y lo pondrá mas suave.

Abrió la puerta, y prorumpió en una exclamacion de sorpresa, al mismo tiempo que proferia Blisson un grito de rabia. La desventurada jóven, previendo que no podria sustraerse à la brutalidad del mayor, se habia ahorcado con su pañoleta de la reja de su ventana, que quedaba precisamente enfrente de la en que estaba atado su hermano. El mayor cortó corriendo la cuerda; pero era ya demasiado tarde: la púdica vírgen habia cesado de ecsistir.

—Vaya,—dijo el monstruo, cuyas amenazas la habian matado,—es una pega reborda de ménos, y siempre habrá sobrantes.



—Angélica! pobre hermana mía!—esclamaba Blisson.

Y sus esfuerzos por soltarse eran tan violentos, que las cuerdas que lo sujetaban se le introducían en la carne.

—Comencemos por hacer que calle este escandaloso,—dijo el mayor.

Y entre los dos le pusieron una mordaza con sus pañuelos atados, rompiéndole el llavero los dientes con una de sus llaves para meter aquella. Seguidamente fué á buscar á dos de sus camaradas, y se llevó al malhadado Blisson al calabozo, donde murió el día siguiente.

Este acontecimiento pasó en cierto modo desapercibido: tan frecuentes así eran las atrocidades en la Bastilla, donde de cada tres presos, dice un historiador, uno se volvía loco y otro se mataba. El mayor supuso que la jóven protestante había perdido el juicio por sus amores, y que á esto debía atribuirse su suicidio. La esplicacion pareció satisfactoria, y el gobernador no exigió mas.

Si un número considerable de presos moría en la Bastilla, muchos también trataban de evadirse; y aunque esto se reputaba imposible, varios lo consiguieron. No hay medio ingenioso que no se pusiera por obra, ni tentativa audaz que no se hiciera por aquellas desventuradas víctimas del poder absoluto, para recobrar la libertad de que estaban tan bárbaramente privados.

De todas las evasiones verificadas en aquella época, ninguna ofrece mayor interés que la de un abate llamado Dubouquoit, hombre intrépido, que había tenido una vida muy tempestuosa. Habíanlo prendido por haber hablado con poca circunspección de la persecución de los protestantes, y lo habían encerrado en el Fuerte del Obispo, de donde se había escapado. Vuelto á cojer algún tiempo después, y encarcelado en el castillo de la Fère, había logrado evadirse por segunda vez; y aprehendido por tercera, se le había enviado á la Bastilla y metido en un calabozo.

Aunque su situación era espantosa, el abate no se desalentó. Fingió sumisión, no profirió una queja, hablaba á los carceleros con urbanidad, los compadecía por el pesado servicio que desempeñaban, y decía que no se estimaba debidamente la fidelidad de esos hombres escogidos.

Todo esto produjo el efecto que esperaba, y los llaveros acabaron por profesarle cariño: tan poderosa así es la adulación, hasta sobre los hombres más depravados! A virtud de los informes que dieron de la estremada dulzura y rara docilidad del preso, se comenzó por pasarlo á otro calabozo ménos horrible que el que había ocupado al principio, y luego se le puso en un cuarto ocupado ya por otros tres cautivos. Allí creyó que podía pensar en recobrar su libertad por los mismos medios que había puesto en juego las veces pasadas; pero comió la torpeza de fiarse en sus compañeros de infortunio, proponiéndoles trabajar de concierto para fugarse juntos, y uno de ellos lo denunció, pues tal era la dureza de aquel cautiverio, que pronto desmoralizaba á los débiles, y los impulsaba á la delación, por la esperanza de obtener algún alivio en sus males.

El abate Dubouquoit negó enérgicamente haber pensado en huírse; pero se

encontró en su cama una cuerda que había hecho con tiras de camisas, mientras dormían sus compañeros; y ante esa prueba sin réplica se vió obligado á callar y á resignarse á volver á su primer calabozo.

A pesar de este fracaso, el abate no desesperó de realizar su plan, y volvió á hacer uso de las lisonjas. Algun trabajo le costó ya en esta vez que cayeran en el garlito los carceleros que le llevaban la comida, y hasta pasó algún tiempo sin que pronunciaran una sola palabra, pues lo oían y no le contestaban. En fin, á virtud de una larga perseverancia, y de una aparente completa resignación, prévia promesa de no acordarse del insensato proyecto que había concebido, se le pasó á un buen cuarto con otros dos presos.

Aleccionado Dubouquoit, comenzó por estudiar con esmero á sus compañeros, lo que no le pesó, porque no tardó en cerciorarse de que no había que contar con ellos. Le ocurrió entonces cambiar de domicilio, y para lograrlo imaginó pasar la mayor parte de la noche cantando. Sus compañeros se quejaron como lo esperaba: pasada la segunda noche, lo amenazaron con avisárselo al gobernador, y el abate, que no deseaba otra cosa, llevó adelante su propósito.

Dada la queja, el mayor amenazó á Dubouquoit con volverlo á meter en el calabozo, si continuaba quitando el sueño á los demás. El abate respondió que no cantaba más que alabanzas á Dios, lo cual no podía ser reprehensible: que era verdad que cantaba en voz alta; pero que lo hacía únicamente para no oír la conversación de dos de las personas en cuya compañía se le había puesto, y que con sobrado motivo lo había escandalizado. Por más que los otros sostuvieron que era una mentira, el abate se mantuvo en sus trece: dijo que nunca le habían faltado docilidad ni resignación, y que sobre el particular apelaba al testimonio del mismo mayor, que no podía negar, como tampoco los carceleros, que era un verdadero dechado de dulzura. Dubouquoit agregó que poniéndolo en otra parte, se vería que no había obrado con maldad.

Lo que el mayor vió con claridad en el negocio, fué que aquellos presos no se avenían bien entre sí, y que si se les dejaba juntos, habría disputas incesantes, que le ocasionarían frecuentes incomodidades. Dió en consecuencia la orden de trasladar al abate de la torre del Pozo en que se encontraba, á la de la Basinière, lo que se ejecutó al punto.

Dubouquoit no pretendía más por el pronto. Estos diversos cambios le servían para conocer las localidades, para medir las distancias, para contar los centinelas, y para acopiar datos de que se proponía aprovecharse en primera oportunidad.

Los presos en cuya compañía se le había puesto á consecuencia del cambio de habitación, eran un baron alemán protestante, y un católico encargado de convertirlo. El abate no tardó en notar que podía contar con el baron, y como el otro le infundía sospechas, trató de alejarlo, á cuyo fin empezó á suscitar entre ellos disputas, que pronto envenenó la irritación causada por el cautiverio. Al baron le decía que seguramente llevaría ya tiempo de haber sido puesto en li-



bertad, si el católico no hubiera contraído el compromiso de convertirlo. Al católico le insinuaba que la obstinación del barón, y la esperanza que tenía el gobernador de que el encargado de convertirlo acabaría por vencer la terquedad de aquel perverso alemán, eran las únicas causas que lo retenían en la cárcel. Ambos se hicieron entonces violentas reconvenciones, y de estas á las injurias, la transición fué corta.

—Sois un perro herege, que seréis condenado sin piedad,—decía el católico al barón,—y merecido lo tendréis, porque vos sois la causa de mis desgracias.

—Miserable hipócrita,—contestó el barón,—mas bien tú eres quien causa mi perdición, y desde ahora te prohibo que vuelvas á dirigirme la palabra.

—Hablaré cuando se me dé la gana.

—Yo te impondré silencio.

—Tú?

—Yo.

A punto estaban ya de llegar á las manos, cuando se puso Dubouquoit de por medio.

—Cómo!—esclamó,—vais, caballeros, á daros de golpes á guisa de ganapanes?

—Es verdad, es una vileza,—respondió el barón;—pero no tengo otro modo de tratar á este pícaro como merece. Ah! miserable, si te tocara yo con la punta de mi espada?...

—No me tocarías mucho tiempo,—gritó el católico echando espuma de rabia,—porque pronto te atravesaría con mi acero.

—Qué no daría yo por conseguir ahora mismo dos espadas!

—Ojalá tuviera yo siquiera dos buenos cuchillos!...

—Qué apostamos,—dijo el abate, que seguía interpuesto entre los dos,—á que renovais la locura de dos mosqueteros con quienes estuve yo en el Fuerte del Obispo, los cuales, por falta de armas con que terminar sus disputas, pusieron unas malas puas de fierro en la punta de dos palos?

Y como Dubouquoit desde el principio del pleito, habia sacado de la bolsa unas tijeras para cortarse las uñas, las tiró sin afectación sobre la mesa, como para tener las manos mas espeditas, y contener con mas facilidad á los dos adversarios. En el acto se apoderó el barón de las tijeras.

—Esos mosqueteros no eran tontos,—dijo,—y aquí tenemos lo que necesitábamos. No acababa todavía de pronunciar estas palabras, cuando ya estaban separadas las dos hojas del instrumento. El abate fingió enojo: dijo que era mal hecho atender así á su propiedad, y afectó insistir en no dejar que los dos antagonistas vinieran á las manos; pero lo ejecutó tan débilmente, y empleó un discurso tan largo en demostrar al católico, á quien se dirigía, cuán reprehensible era el duelo, que ántes de terminar su alocución, el barón habia fijado ya sólidamente las hojas de sus tijeras en la punta de dos leños entresacados de la madera que les llevaban para calentarse, pues la escena pasaba en invierno; é incontinenti tiró uno á su adversario, que lo cojió. Dubouquoit entonces, fingiendo

